

REFLEXIONES SOBRE EL "TEATRO POPULAR"

Por André Moreau.

"El Teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país, y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un Teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil, puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo, y un teatro destrozado, donde las pezuñas sustituyen a las alas, puede achabacinar y adormecer una nación entera. El Teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre, donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre".

Federico García Lorca ("Charlas sobre el Teatro").

Esas pocas palabras de F. G. L. resumen exactamente lo que yo pienso del Teatro. El Teatro es un arte que debe ser entendido por todos. Sería un error creer que el Teatro está hecho para un número reducido de espectadores, para una élite seleccionada, o entonces esto sería un Teatro de laboratorio, unas comedias de salón, en resumen Teatro que no sirve para nada, porque el Teatro está hecho para el público en general y es preferible para nuestro arte mil espectadores a un colón que cien a diez colones. El arte está muy cerca del pueblo y los griegos que representaban sus obras delante de miles de espectadores lo sabían muy bien. Hace 50 años un teatro de buen gusto contaba con un número reducido de espectadores, pero ahora en casi todos los países se ha creado lo que se llama "EL TEATRO POPULAR", que responde a esa necesidad que tiene el público. Es un fenómeno de estrellamiento: el teatro ahogándose en sus límites muy estrechos se escurre de ese público seleccionado hacia el gran público, el público popular. El Teatro había llegado a un punto donde se secaba, tenía necesidad de un nuevo contacto, el contacto con un público nuevo, sin prejuicios, sin principios estéticos.

¿Pero qué se entiende por “TEATRO POPULAR”? La mayoría comunmente se equivoca sobre el sentido estricto de la palabra y se cree que popular quiere decir vulgar. El Teatro Popular es un teatro que se dirige al pueblo pero sin dejar de ser noble. Tiene por fin de “concurrir a la educación del público ofreciéndole a precio reducido unos espectáculos de calidad”. Sería un error pensar que al público, el gran público, yo diría la masa, si esta palabra no se comprendiera a veces en un sentido despectivo, le gusta nada más las obras vulgares. Al contrario, al pueblo le gusta la grandeza y no es presentándole unos espectáculos que se dicen populares, muchas veces de calidad media, representado por actores mediocres como se le puede satisfacer y darle afición para el teatro. Pequeños burgueses, empleados, artesanos u obreros y aprendices, estudiantes y colegiales, están todos aquí pidiendo un teatro que les hable, tienen una sed de Teatro, una sed de cultura, y si no se les da lo que ellos esperan, lo que ellos sienten confusamente, se van al cinema o a los cafés.

Esto nos hace referirnos a las obras que se deben dar a ese público, el más difícil de todos. Yo no creo, por mi parte, que se debe escribir especialmente para el pueblo, porque ¿cuáles son los autores que se podrían comparar, que podrían igualar o sencillamente que quisieran competir con los autores de quienes voy a hablar?

Los grandes autores griegos o latinos hablan directamente y estoy seguro que Sófocles, Eurípides, Esquilo, Aristófanes, Séneca, Plauto o Terencio están muy cerca del gran público. He tenido la oportunidad de representar o ver representar unas obras como Edipo-Rey, Electra, Los Persas, Las Aves, Lisístrata, Medea, Los Menecmos, los hermanos, (que sirvió de ejemplo a Molière para escribir “La Escuela de los Maridos”) delante de 6.000 espectadores. El público estaba muy atento y gozaba del espectáculo a tal punto que era muy emocionante para los actores que actuaban delante de estos espectadores. Lo mismo que la gran música conmueve al pueblo, lo mismo las grandes obras le emocionan hasta un punto que es difícil de encontrar en un público que se dice “de choix”, es decir escogido o seleccionado. No quiero decir por eso que se debe representar en un teatro popular únicamente las obras de estos autores antiguos, pero Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Shakespeare, Corneille, Racine, Molière, **Goldoni**, etc. . . sin olvidar los misterios y las farsas de la Edad Media, son igualmente entendidos por el gran público. Qué más

divertidos que los entremeses de Cervantes que sea “EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS” o “LOS HABLADORES”; qué tiene más fuerza dramática que “Fuente Ovejuna”, más gracia que “La dama boba”, qué es más bello y más grande que “El Gran Teatro del Mundo” o “La devoción de la Cruz”, más lírico que “Romeo y Julieta”, más hondamente trágico que “Hamlet”, sin hablar de “Coriolano”, qué de más fantástico que “El Sueño de una noche de verano” o “La Tempestad”, de más trágico y lleno de amor que “El Cid” o “Cinna”, de más fuerte y cruel que “Británico”, de más deliciosamente trágico que “Berenice” (esta tragedia de Racine es la única donde no hay muerte), de más llena de furor amoroso que “Fedra” o “Andrómaca”, de más magistral comedia que “El Misántropo” o “El Tartufo”, de más burla de la Sociedad del Siglo XVIII que “El Burgués ennoblecido” o “Las Preciosas Ridículas”, de más maravilloso y cómico que “La Princesa de Elides” o “Anfitrión”, de más bufón que “El Celoso Farfullero” o “El Médico a la Fuerza” sin hablar del Don Juan que va de Tirso de Molina hasta Zorrilla pasando por Molière, de más ligero, sutil y elegante que “Arlequín servidor de su Amo” o “La Posadera”, qué de más ingenuo y rústico que el “Auto de Adán”, o de más chistoso que la “Farsa de maese Patelin”. Más cerca de nosotros están “Los Románticos” y el “Fausto” de Goethe o “Hernani” y “Ruy Blas” de Víctor Hugo. Se hallan igualmente al alcance del gran público lo mismo que “María Estuardo” o “Los bandidos” de Schiller, “Las bodas de Fígaro” de Beaumarchais, “El príncipe de Hombourg” de Heinrich von Kleist, “El Inspector” de Gogol, “Lorenzaccio” de Alfred de Musset; “La muerte de Dantón” de Georg Büchner, “La dama de las camelias” de Alejandro Dumas h., “Peer Gynt” de Ibsen, “Madame Sans-Gené” o “La Tosca”, de Sardou, “El viaje de Pedro el Afortunado” o “La señorita Julia” de Strindberg, “La Arlesiana” de Alfonso Daudet, “Santa Juana” de Bernard Shaw, “El Jardín de los cerezos” o “Tres hermanas” de Chejov, “Los intereses creados” o “La Malquerida” de Benavente, “El Abanico de Lady Windermere” de Oscar Wilde, “Cyrano de Bergerac” de Ed. Rostand, “Amoríos” de Schnitzler, “El pájaro azul” y “Pelleas y Melisanda” de Maeterlinck, “La Anunciación a María” y “Juana en la Hoguera” de Paul Claudel, “El Martirio de San Sebastián” de Gabriel d’Annunzio y Claude Debussy, “Seis personajes en busca de Autor” de Pirandello, “La luz resplandece en las tinieblas” o “Ana Karenina” de Tolstoi, “Bajos fondos” de Gorki, “El Dibbuk”, de Anski, “Romance” de Edward Sheldon, “El emperador Jones” de

O'Neill, "Un espíritu burlón" o "La vida manda" de Noel Coward, "Ondina" o "La guerra de Troya no tendrá lugar" de Giraudoux, "Bodas de Sangre" o "Yerma" de Federico García Lorca, "Madre Coraje" o "La Opera de tres centavos" de Bertolt Brecht, "Antígona" o "La Alondra" de Anouilh, "Así en la tierra como en el cielo" de Fritz Hochwälder, "El Diálogo de las Carmelitas" de Bernanos, "Las Moscas" o "Manos sucias" de Sartre, "Calígula" de Albert Camus, "Sheherazade" o "La bella durmiente" de Jules Supervielle, etc. . . Estas obras son las que debemos ofrecer al gran público. Este Teatro se dirige al pueblo, él lo vive, él lo siente y lo mismo que se queda serio y respetuoso delante de los grandes dramas de la historia o de la imaginación lo mismo el público popular se ríe de todo corazón y sin ningún pensamiento falso, sin que esto le dé vergüenza, de las farsas o de las comedias alegres o cómicas. No tiene miedo de llorar si tiene ganas de llorar, de sonarse fuerte para esconder sus lágrimas y no llevar a sus ojos un fino pañuelo de encaje para impedir al rimmel escurrirse. No tiene vergüenza de darse largos manazos en los muslos y de reír a carajadas escuchando las peripecias de los cómicos, sea de Arlequín o de Sganarelle, sin tapar su sonrisa indulgente detrás del abanico de su mano adornada de diamantes. . . El público, el gran público es, sin duda alguna, el verdadero público, por lo cual los actores que son artistas en el alma gustan y quieren actuar. Ese público, a veces, toma parte, habla a los actores. Yo he vivido eso muchas veces. En una obra que representé y que se llama "Une Affaire d'or" (es decir "Un negocio de oro"), yo hacía el personaje de un hombre de negocios, importante, muy rico, y muy desagradable. En un momento de la obra decía a mi hijo, un niño de 7 años, que le prohibía jugar con los niños de la calle. En este momento una mujer que estaba en la sala se levantó en medio de los espectadores y me gritó "¿Crees tú que mi hijo no vale lo que el tuyo?" Ciertamente esa mujer tenía razón, ¿pero con cuál intensidad debía ella seguir la obra para tener esa reacción? Me acuerdo de las grandes representaciones al aire libre en Francia, que sea en Orange, Carcasona o Avignon, donde miles de espectadores vibraban a los clamores de Camila o del Viejo Horacio, donde Mounet-Sully, el más grande actor trágico de ese siglo, imponía silencio a una multitud de más de 5.000 espectadores, en ese inmenso teatro de Orange, cuando él parecía coronado de gloria y transfigurado por su papel, sea que interpretara Edipo u Orestes, Roderigo o Antiochus. Y tan hablador que es uno en el sur de Francia y antes de la función,

sentado en las gradas del anfiteatro, le gusta charlar, contar historietas, pero le gusta también el buen Teatro, los espectáculos de arte puro. Y desde la primera palabra pronunciada en la escena, se podía escuchar volar una mosca en ese magnífico teatro romano que tenía nada más como techo el cielo y las estrellas. Toda esa gente estaba colgada de los labios del actor y sentía profundamente en ella la belleza del verbo. El pueblo está muy cerca de la tragedia. Vibra con esos grandes sentimientos que están, quizás más cerca de él que de una cierta élite, porque los grandes sentimientos tienen siempre una grande simplicidad y nobleza, y el pueblo es simple y noble. Es por eso por lo que se necesita darle bellos espectáculos, espectáculos que le atraigan, porque como dice la fórmula del Teatro Nacional Popular: “para hacer un Teatro Popular, no se debe esperar que el público venga al teatro, tócale al Teatro ir él mismo hacia el público”.